

Solemnidad de San José

Felipe Fernández Caballero

MENSAJE CENTRAL

José, de la estirpe de David, del linaje de Abrahán, creyó en la palabra de Dios. Su fe venció temores y oscuridades. Tras el anuncio del ángel, aceptó la tarea de paternidad que se le encomendaba y ofreció su cooperación imprescindible a la obra de la salvación.

Guía para lectura y predicación del CEC, Ciclo B. (SEC)

El profeta Natán, que inicialmente había anunciado que David construiría el templo, cambia ahora el sentido de sus palabras, para decir que, por medio del rey, Dios “construirá” una dinastía (“casa”) perdurable. Es una promesa personal, porque, mientras al pueblo de Israel se le aseguran paz y seguridad, a David se le anuncia un larguísimo linaje.

En José se dan dos momentos claves: saber esperar sin precipitaciones (“no quería denunciarla”), y aceptar desde la fe el anuncio del origen de la gravidez de su esposa. Con toda verdad se le puede llamar “justo”, “bueno” y “honrado”. Desde el primer momento de su narración, san Mateo trata de presentar la novedad de Cristo. José, perfecto conocedor de las maravillas obradas por Dios a lo largo del Antiguo Testamento, recibe ahora el anuncio de la última “maravilla”. Y oye, atiende y entiende. Porque actuaba desde la plena confianza en Dios.

El hombre que dice no escuchar a Dios le tacha de mudo, pero nunca se le ocurre pensar si es que él mismo está sordo. La miseria del que no atiende ni escucha a otro está en que se cierra a sí mismo el camino, mientras no cambie. ¡Y es que no hay peor cosa que creer que uno ya lo ha escuchado todo y lo sabe todo! Y atender quiere decir que quien habla es importante, y si el mensaje es de Dios, nadie puede distraerse.

LA FE DE LA IGLESIA

_ La concepción virginal, obra divina:

“Los relatos evangélicos presentan la concepción virginal como una obra divina que sobrepasa toda comprensión y toda posibilidad humanas: “Lo concebido en ella viene del Espíritu Santo”, dice el ángel a José a propósito de María, su desposada (Mt 1,20). La Iglesia ve en ello el cumplimiento de la promesa divina hecha por el profeta Isaías: “He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un Hijo” (497; cf. 498).

_ San José, patrono de la buena muerte:

“La Iglesia nos anima a prepararnos para la hora de nuestra muerte (“De la muerte repentina e imprevista, líbranos Señor”), a pedir a la Madre de Dios que interceda por nosotros “en la hora de nuestra muerte” (Ave María), y a confiarnos a san José,

Patrono de la buena muerte" (1014).

— "La contemplación es escucha de la palabra de Dios. Lejos de ser pasiva, esta escucha es la obediencia de la fe, acogida incondicional del siervo y adhesión amorosa del hijo. Participa en el "sí" del Hijo hecho siervo y en el "fiat" de su humilde esclava" (2716).

LECTURAS

1. "Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo"

Sm 7,129

La profecía de Natán deja entrever la aparición de un descendiente ideal, Jesús, hijo de David, que dará cumplimiento a todas: las aspiraciones y esperanzas que se tenía: depositadas en la dinastía davídica

Las relaciones especiales entre Dios y la dinastía davídica se expresan en este oráculo en términos de filiación adoptiva: *Seré para él un padre y él será para mí un hijo*. La profecía de Natán elabora lo que podríamos llamar la carta magna de la monarquía y dinastía davídica: *Tu casa y tu reino subsistirán para siempre ante mí*.

La profecía de Natán que escuchamos hoy (2 Sm 7,117) es la continuación lógica de 2 Sm 6. Una vez en Jerusalén, el arca del Señor pedía un templo en el que habitar; por su parte la esterilidad de Micol, hija de Saúl, planteaba el problema de la descendencia o dinastía davídica; templo y descendencia son los dos ejes de la profecía de Natán. Jugando con la doble acepción del sustantivo "casa", que puede significar "casa de Dios" (templo) y "casa real" (familia o dinastía), la profecía de Natán elabora lo que podríamos llamar la carta magna de la monarquía y dinastía davídica: *Tu dinastía (casa) y tu reino subsistirán para siempre ante mí* (2 Sin 7,16).

Refiriéndose a esta profecía-promesa, David la califica en 2 Sm 23,5 de "pacto-alianza". De hecho, la elección de Jerusalén como ciudad santa, y la elección de la dinastía davídica como depositaria de las promesas divinas, venían a ser como los dos artículos de fe, los dos principios básicos, que inauguran una nueva etapa en la historia bíblica. El binomio "David- Jerusalén" se correspondía, y en cierta manera se contraponía, a la alianza sinaítica, o sea, al binomio "Moisés- Sinaí".

De carácter promisorio como la de Abrahán (Gn 15), la alianza davídica garantizaba, al menos, cuatro cosas:

a) Relaciones especiales entre Dios y la dinastía davídica, expresadas en términos de filiación adoptiva: *Seré para él un padre y él será para mí un hijo* (2 Sin 7,14a; véase Sal 2,7; 89,2627).

b) La soberanía de Dios se hace presente y se ejerce a través de la dinastía davídica (2 Sm. 7,8.12.1516).

c) Un reinado de prosperidad paz y justicia (2 Sm 7,10).

d) Un reinado eterno (2 Sm 7,16.19.25.29).

El pacto de Dios con David y su dinastía va a ser el aval y argumento que mantenga alta la moral y viva la esperanza del pueblo en los momentos difíciles. Mientras se mantenga encendida "la lámpara de David" o mientras *David tenga* una

antorcha en Jerusalén nada habrá definitivamente perdido (1 Re 11,36; 15,4; véase 2 Re 8,19).

La profecía de Natán constituye el punto de arranque del llamado mesianismo regio, es decir, la promesa desborda al inmediato sucesor de David, o sea, a Salomón (2 Sm 7,13 y deja entrever la aparición de un descendiente ideal que dará cumplimiento a todas: las aspiraciones y esperanzas que se tenía: depositadas en la dinastía davídica (véase 7,1025; 9,16; 11,19; Miq 4,14; etc.).

2. “Apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza”

Rom 4, 1825

Dios confió a José la custodia de los misterios de la salvación. La eterna Alianza ha sido posible en parte, por la obediencia de José, como Abraham hizo posible la antigua Alianza

S. Pablo escribe su tesis sobre la "justificación". Dios "justifica" por la fe en Cristo, o dicho de otra manera: Dios salva por la fe en Cristo.

Anteriormente, Pablo había explicado que Abrahán fue justificado no por el mérito de sus obras, sino por su fe en la promesa de Dios y ello independientemente de la Ley.

Eso fue lo que le convirtió en padre de pueblos numerosos. El Apóstol nos describe el comportamiento de Abrahán: en ningún momento dudó en su fe. Creyó sencillamente en la promesa que Dios le había hecho, pese a todas las circunstancias humanas que estaban en contra. Más todavía: encontró su fuerza en la fe.

La fe de Abrahán es, de hecho, una certeza: Dios es el Señor de todo. Su fe está vinculada a este poder de Dios que puede llevar a término cuanto quiera. Este abandono a la voluntad y al poder de Dios justifica a Abrahán.

Pero S. Pablo, que se apoya en la Escritura, hace caer en la cuenta de que la Palabra no se refiere solamente a Abrahán, sino también a todos los cristianos. Si tenemos fe somos herederos de Abrahán y, por tanto, herederos de la justificación. Recibimos la justificación, no por nuestros méritos sino por don gratuito de Dios, en el mismo momento en que nos abandonamos en sus manos. Pero nosotros creemos en el Dios que ha resucitado a Jesús de entre los muertos, entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación. Lo que faltaba a la fe de Abrahán era poder vislumbrar el poder de Dios y la misericordia que habría de manifestarse al enviarnos a su Hijo y al resucitarlo de entre los muertos

En esta festividad de S. José, la Iglesia quiere enaltecer al siervo fiel en el cumplimiento de la voluntad de Dios. Es el tipo de Abraham realizado, como Jesús será la realización perfecta de la obediencia. La eterna Alianza ha sido posible en parte, por esta sumisión de José, como Abraham hizo posible la antigua Alianza. Por eso se ha elegido el salmo 88 como respuesta a la 1ª lectura. La oración primera lo

subraya: Dios confió a José la custodia de los misterios de la salvación. Y la oración sobre las ofrendas recuerda el ejemplo de José que se consagró por entero a servir al Hijo de Dios, nacido de la Virgen María. Es lo que recuerda también el prefacio, que ve en este hombre justo, al servidor fiel y prudente a quien fue confiada la sagrada Familia y que veló como un padre sobre el Hijo único.

Evangelio: “José hizo lo que le había mandado el ángel del Señor”.

Mt 1,1825

Mateo trata ahora de explicar cómo Jesús, nacido de manera misteriosa de María, forma parte del linaje de David y de Abrahán a través de José, que lo adopta como hijo.

La relación que existía entre María y José (Mt 1,1819) implicaba un compromiso matrimonial estable, hasta el punto de que si la pareja tenía un hijo, éste era considerado hijo legítimo de ambos. Era una unión que sólo podía disolverse con el divorcio, y la ley de Moisés consideraba la infidelidad de la prometida una ofensa semejante a la infidelidad de la esposa (Dt 22,2327). José, al conocer la noticia de que María está embarazada sin intervención suya, decide no delatarla, pues si lo hubiera hecho, ella habría sido juzgada como adúltera. Sin saberlo, José actúa de acuerdo con la voluntad de Dios, y por eso se dice de él que era justo. Esta justicia de José está más cerca de la actitud de obediencia a la voluntad de Dios que aparece repetidamente en este evangelio que de la idea legalista que los judíos tenían de ella.

El anuncio del ángel a José (Mt 1,2024) sigue el esquema de los relatos del AT (véase Jue 13) en los que se anuncia el nacimiento de un personaje famoso: a) el anuncio está rodeado de signos divinos: ángel del Señor, sueño; b) que provocan miedo o estupor: no temas; e) el mensajero divino anuncia cuál será el nombre y la misión del niño que va a nacer: salvará a su pueblo; d) se da un signo que confirma el anuncio: cumplimiento de las Escrituras. Lucas se sirve de este mismo esquema para anunciar el nacimiento de Juan (Le 1,525) y de Jesús (Le 1,2638). La función de estos anuncios es vincular a dicho personaje, ya desde su nacimiento, con el proyecto divino.

En la anunciación a José se hace una completa presentación de Jesús. En primer lugar se afirma su origen divino: *viene del Espíritu Santo*. Después se anuncia cuál será su misión a través del nombre que su padre adoptivo le impone por mandato de Dios: Jesús significa «Dios salva», y la misión de Jesús será, precisamente, salvar a su pueblo de los pecados (Mt 1,21).

La figura de José es muy importante en este relato y en todo el evangelio de la infancia de Mateo. El ángel se dirige a él como *hijo de David* (Mt 1,20), para pedirle que reciba a María y al niño poniéndole un nombre. La imposición del nombre (Mt 1,21.25) es el rito a través del cual José recibe a Jesús como hijo. Mateo insiste en este detalle, porque en la antigüedad un niño no pasaba a formar parte de la descendencia paterna hasta que había sido reconocido por su padre o adoptado.

Jesús entra en la descendencia de David y de Abrahán gracias a la actitud obediente de José, el cual, actuando de esta forma, aparece no sólo como modelo de judío fiel a la ley, sino también de cristiano obediente a la voluntad de Dios

HOMILÍA

Dios organiza la vida y el mundo contando con el hombre.

Sus planes pasan por el "sí" o el "no" de aquellos a los que llama para su realización.

El que acepta la palabra de Dios y la acoge entra en el plan salvador de Dios. Así ocurrió con María y con José: porque creyeron, dijeron "sí" a Dios y asumieron la misión de la paternidad del Hijo de Dios.

En la persona de José confluyen las promesas de Dios y su realización en el tiempo.

1.- En él alcanzan su plenitud *las promesas hechas a Abrahán y a David*:

- Por creer y por fiarse de Dios se prometió a Abrahán ser padre de muchas naciones, no en razón de una paternidad legal, sino en virtud de aquella que nace de la fe.

- Por querer levantar un templo en honor del Señor, David recibió la promesa de establecer un descendiente suyo como rey y consolidar su trono real para siempre

2.- El relato evangélico de hoy recoge *el cumplimiento de las antiguas promesas*: María "dará a luz un hijo" y José "le pondrá por nombre Jesús, porque salvará al pueblo de los pecados".

Varios aspectos del evangelio de hoy merecen ser tenidos especialmente en cuenta:

a) La actitud de José ante el embarazo de María, su mujer es, en un primer momento, de lucha interior entre el amor a ella y la duda acerca de su infidelidad. Él, como "hombre justo", venía obligado por la ley a denunciar a su esposa para que fuese juzgada por un tribunal. José vive en carne propia el conflicto con el que Jesús se enfrentará a lo largo de su vida: la ley o la misericordia. Precisamente porque optó por salvar la vida de María, porque optó por la misericordia, porque supo comprender y perdonar, fue realmente justo.

b) De María se dice que "ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo". El Espíritu Santo, o el Espíritu de Dios, representa en toda la tradición bíblica el poder creador de Dios. Es el poder del Dios creador y dador de vida el que interviene para hacer surgir de María la Vida misma en la persona de Jesús.

c) La actitud de José ante el misterio de Cristo es equiparable a la de Moisés cuando se descalza y se tapa los ojos ante el misterio de Dios. José advierte que el Señor ha penetrado en su hogar, se siente abrumado y se quiere retirar, porque no se considera digno de estar en la proximidad de Dios. Sólo permanece en el ámbito de lo divino cuando, a pesar de su indignidad, se reconoce llamado a hacer lo que le había mandado el Señor.

d) En el momento de su anunciación, José no pronuncia palabra alguna. Simplemente "hizo como el ángel del Señor le había mandado". Este primer "hizo" es el comienzo del "camino de José": No hay ninguna palabra suya en los evangelios. Sólo se afirma de él que "hizo lo que le había mandado el Señor". Su fidelidad al mandato de Dios llena toda la vida de José y hace elocuente su silencio. Esa es la palabra que él ha transmitido como norma de existencia para todos los creyentes.

e) La misión fundamental que se le encomienda: ser el modelo de identificación del que Jesús aprenda a ser hombre. Aquí adquiere toda su grandeza la paternidad de José. Es secundario que Jesús no heredase ningún factor genético de José; lo importante es que de su ejemplo aprendió Jesús a ser fiel, honesto, honrado cumplidor de sus obligaciones, a crecer en estatura, en sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres.

f) Ningún otro rasgo biográfico conocemos de José. Tal vez, en su anonimato, sea el modelo -patrono- de los millones de hombres y mujeres que de forma anónima son transmisores de una fe, constructores de un Reino de forma cotidiana y anónima, educando a sus hijos en la honradez y en el temor y amor de Dios.

O bien:

De José, cuya fiesta hoy celebramos, hablan muy poco los evangelios. Debíó ser, sin duda, un hombre joven, como lo era su mujer, María; y era un hombre valiente y fiel, que emigró a un país extranjero y trabajó muchos años para sacar su familia adelante. No sabemos cuándo murió, aunque la tradición cristiana le ha hecho patrono de la buena muerte, suponiendo que murió rodeado por Jesús y María.

Es importante hacer dos precisiones al Evangelio de hoy. En primer lugar, las famosas «dudas de S. José» pueden ser interpretadas, de acuerdo con el texto original del Evangelio, de una forma distinta. Tan válida es la interpretación del hombre que duda de la fidelidad de su mujer, pero que no quiere denunciarla, como la interpretación de que José se siente abrumado por el misterio de Dios, que ha penetrado en su hogar, y se quiere retirar porque no se siente digno de estar en la proximidad de su Dios. Su actitud será equiparable a la de Moisés, cuando se descalza y se tapa los ojos ante el misterio de Dios.

En segundo lugar, una fuerte línea de la exégesis reciente insiste en que las narraciones de Mateo y Lucas no ponen en primer plano el hecho maravilloso de la concepción virginal, sino el que Jesús es un regalo y don que Dios hace a los

hombres. La fe de la Iglesia en la concepción virginal de Jesús no significa una devaluación de la sexualidad, sino que aquel niño era un don gratuito que Dios hace a los hombres. Hay que decirlo con toda claridad, para evitar devaluaciones del matrimonio o de la sexualidad: Jesús podría haber sido el Hijo de Dios y María podría haber sido Inmaculada aunque el Señor no hubiese sido concebido virginalmente.

La fe de la Iglesia ha calificado a José de «padre putativo»; es decir, el que se pensaba era su padre, aunque no lo fuese. Hoy se insiste, con razón, en la relevancia de los factores biológicos en la paternidad; pero indiscutiblemente mucho más importante es la relación afectiva que se crea con el nuevo ser, durante la gestación y a lo largo de la vida. El ideal es que coincidan la paternidad biológica y la afectivolegal. Pero lo biológico no es lo único ni lo exclusivo. Es secundario que Jesús no heredase ningún factor genético de José; lo realmente importante es toda la vinculación afectiva que tuvo aquel hombre justo con aquel niño que esperaba su mujer, su presencia continua y amorosa desde Belén hasta el día desconocido en que José murió.

El Evangelio nos dice que Jesús crecía en estatura, sabiduría y gracia ante Dios y los hombres. El lema de la Escuela de Padres es que «los niños no aprenden, sino imitan»; es muy importante lo que decimos a los niños, lo que les predicamos, pero mucho más lo que son sus padres. José tuvo un papel fundamental ante su hijo varón: fue su modelo de identificación, del que aprendió a ser hombre, al que imitó en su desarrollo como persona. Con él aprendió a orar a su Padre Dios; apoyado en su brazo fuerte aprendió a trabajar; de su valor y de su trabajo imitó el valor y la entrega que dio luego muestras en su vida; quizá algunas de sus parábolas las escuchó de labios de José...

Los Evangelios son muy parcos en darnos detalles de la persona de José. Se nos dice que fue un hombre valeroso que luchó contra los que querían matar a su hijo, que tuvo que escuchar esa frase de Jesús que todos los padres tienen que saber escuchar más pronto o más tarde, cuando los hijos comienzan a volar: «¿No sabíais que tengo que ocuparme de las cosas de mi padre?». Y, sobre todo, dice una sola palabra, sumamente expresiva: «era justo». Para la Biblia, este sencillo calificativo está preñado de significados: quiere decir que era un hombre religioso, fiel a sus obligaciones para con Dios, honesto con su familia, honrado y cumplidor de sus obligaciones.

Dios hace bien las cosas. No dio a su hijo un padre famoso ni conocido, pero se lo dio justo. Uno piensa en tantos padres que, sin grandes aparatosidades, han sido «justos» en su vida familiar y de trabajo; que se han vaciado para ver crecer a sus hijos. A uno no le gusta por su carácter comercial lo de «el día del padre», pero creo que el día de hoy es correcto para ver en José el símbolo de tantos padres entregados generosa y ocultamente al cuidado y la educación de sus hijos.

¿No es éste el hijo de José el carpintero, o el artesano?: así fue la exclamación de sus paisanos de Nazaret, ante la predicación del Maestro. José el justo, el que amó a su hijo con toda su alma, debió sentir ante Dios la gran alegría y

la profunda satisfacción de que el Maestro había aprendido a ser hombre a través de su persona. ¿Qué importa que no fuese su padre biológico? Jesús creció en estatura, en sabiduría y gracia ante Dios y los hombres, aprendiendo e imitando a aquel hombre justo.

O bien:

HOMILÍA

Nuestros antepasados, sabiendo quizá mejor que nosotros que Dios no es extraño a ningún detalle, por pequeño que sea, de nuestro destino, se entretuvieron en estudiar el nombre de José, observando que todas las letras que lo constituyen son iniciales de virtudes primordiales del Santo: J, de justicia, O, de obediencia, S, de silencio, E, de experiencia, P, de prudencia y H, de humildad. Hay que reconocer que esas virtudes caracterizaron, en efecto, el alma de José, tal como la tradición cristiana las refiere y enumera.

La primera de las virtudes que colocó en su vida en un lugar de honor fue la obediencia. Siempre que el Evangelio nos habla de él es para mostrárnoslo en el ejercicio de la misma: Así pues, levantándose, hizo todo lo que Dios le había significado. «Levantarse», en el vocabulario de la Biblia, expresa la prontitud, la docilidad y la energía con que uno se entrega a la tarea que acaba de serle asignada.

No sabe adónde le conduce Dios, pero le basta con saberse conducido por él. Jamás desfallece en su misión. No regatea, no tergiversa, no objeta nada, no pide explicaciones. No se irrita, no se queja cuando se le trata aparentemente sin miramientos y sólo se ve iluminado en el último momento. No retarda el momento de entregarse. Va hasta el fin en el cumplimiento de su deber sin dejarse intimidar por nada.

La obediencia es propia de almas fuertes y humildes. Sólo Dios podría medir la profundidad de la humildad de José. Se sabía incomparablemente privilegiado por Dios, en razón de su misión, y, sin embargo, no se siente aplastado por la grandeza de su vocación, como tampoco piensa en envanecerse o en reservarse un puesto en el gran misterio de la Encarnación que domina la Historia; ni siquiera utiliza su título de padre adoptivo del Hijo de Dios para destacarse y subirse en un pedestal. Allí donde otros hubiesen caído en el orgullo, él, que tan a menudo ha meditado el Magnificat de su esposa, se abaja más y más. En todo lo bueno que descubre en él no ve más que un don gratuito de Dios y de su liberalidad. Sólo se distingue de los demás por su profunda modestia y su discreción total. Más todavía que Isabel, se dice: ¿De dónde me viene la dicha que supone el que mi Dios y su Madre se dignen habitar en mi casa? Y más también que Juan Bautista, añade: Es menester que Jesús crezca y yo disminuya.

Pone todo su empeño en servir a los designios de Dios y lo hace sin agitación, sin ruido, en un silencio tal que el Evangelio no nos transmite una sola palabra suya. En todas las situaciones singulares en que Dios le pone, permanece silencioso y tranquilo. Sabe que la tarea de un servidor no consiste en hablar, sino en escuchar la voz de quien le manda, y que el silencio es el ambiente propio de una vida que busca estar unida a Dios, conservar el contacto con él.

No tenemos por qué lamentar no conocer ninguna palabra de José, pues su lección y su mensaje son precisamente su silencio. Se sabe depositario del secreto del Padre Eterno y, para mejor guardarlo sin que nada se transparente, se envuelve él mismo en el secreto; no quiere que se vea en él más que un obrero que trabaja duro para ganarse el pan, temiendo que sus palabras obstaculicen la manifestación del Verbo.

Hay quien no ve en José, el silencioso, más que un pobre santo arcaico que vivió hace dos mil años en un oscuro pueblo y que no tiene nada que enseñar a los hombres de hoy. La realidad es, por el contrario, que muestra a nuestra época --la cual no brilla precisamente por su modestia y su sumisión-- las enseñanzas más urgentes y necesarias. Ningún modelo con más verdadera grandeza. Actualmente no se estima más que la agitación, el ruido, el oropel, el resultado inmediato. Falta fe en las ventajas y la fecundidad del retiro, del silencio, de la meditación; esas virtudes primordiales no aparecen ya más que como prácticas periclitadas, esfuerzos perdidos para el progreso del mundo. Se rechaza todo lo que contraría un vulgar aburguesamiento. Todo contribuye en nuestros días, a exaltar la independencia de la persona humana y a reivindicar unos pretendidos derechos. El gran sueño de muchos hombres es tener un nombre y cubrirse de oropeles, obtener distinciones, subir a un estrado, tener una situación que obligue a los demás a inclinarse ante ellos.

José nos enseña que la única grandeza consiste en servir a Dios y al prójimo, que la única fecundidad procede de una vida que, desdeñando el brillo y las hazañas pendencieras, se aplica a realizar consciente y amorosamente su deber, por humilde que sea, sin buscar otra compensación que agradar a Dios y someterse a sus designios, no teniendo otro temor que no servir bastante bien. Servidor por excelencia es aquel que, olvidándose de sí mismo, no vive más que para la gloria de su Señor y organiza toda su existencia en función de esa gloria. No busca una actividad incesante, porque es dentro de su alma donde no cesa de crecer su amor, siempre a la escucha de la voluntad divina, en espera de la menor indicación para actuar.

El mensaje de José es una llamada a la primacía de la vida interior, de la contemplación sobre la acción exterior y la agitación; nos habla de la urgencia de la abnegación, fundamento indispensable de toda fecundidad.

Nos enseña, finalmente, que lo esencial no es parecer, sino ser; no es estar adornado de títulos, sino servir, vivir la vida bajo el signo del querer divino y la busca de la gloria de Dios.

Sobre la santidad incomparable de José, fulgurante de esplendores ocultos, planean las palabras que pronunció Jesús: Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado esas cosas a los sabios y prudentes y se las has revelado a los humildes (Mt 11,25).

(Cfr. Los silencios de San José, Cuadernos Palabra, nº 67, Palabra, Madrid 1980, cap. 30)